Sin piedad (Harry Hole 14)

Jo Nesbo

Fragmento

1

Harry escuchaba a Elvis Costello cantar un hermoso tema, de lentitud interminable, por la puerta abierta del balcón de su apartamento.

«Shipbuilding».

Faltaban dos horas para la medianoche.

Harry contemplaba su ciudad.

Oslo.

A sus pies, como un cielo invertido y cubierto de estrellas.

Bajó la mirada hacia las punteras desgastadas de sus Dr. Martens; asomaban por el estrecho murete sobre el que hacía equilibrios. Diecisiete plantas más abajo la luz se reflejaba grisácea en la nieve del talud que descendía hacia el río Akerselva. En el puente de Sannerbrua había pocos coches, ningún peatón. Nadie vería cómo caía. La gente estaba en casa, vestida de fiesta, con la vista enfocada en otros lugares. En el futuro.

Habían empezado la cuenta atrás para comenzar el nuevo año con un estallido.

La cuenta atrás de Harry lo llevaría a abandonar el año viejo con un golpe sordo contra el suelo, allí abajo. Él tenía la mirada enfocada en el pasado.

Había dedicado el día a hacer inventario.

Era un policía en paro, un alcohólico que había pasado de los cincuenta. Llevaba cinco asesinatos sobre su conciencia y tres de ellos aún lo atormentaban. Tenía un amigo con el que podía contar, también alcohólico, un hijastro adulto al que no quería molestar y un hijo biológico con la esposa de un colega.

Todo eso lo podía soportar.

Era por Rakel. La mujer a la que había amado más de lo que se odiaba a sí mismo.

Llevaba muerta más de dos años.

Dos años que había pasado enterrado en vida cuando podría haberse liberado muriendo.

Había intentado matarse bebiendo; también en eso había fracasado.

Podría ser un propósito de año nuevo, pero esta opción era más sencilla. Acabaría antes.

Una ráfaga de viento lo atrapó y se inclinó hacia delante para no caer en el minúsculo balcón que tenían los pisos de posguerra como aquel.

El viento cesó de repente y se apresuró a echarse hacia atrás.

Había recuperado el equilibrio, maldijo en silencio porque el superfluo instinto de supervivencia de su viejo cuerpo lo había traicionado. En su pecho el corazón latía enloquecido, como si quisiera salirse, alejarse de este hombre desquiciado. Harry tomó aire.

«... diving for dear life», cantaba Elvis Costello.

Sí.

Harry levantó una bota de la barandilla. Cambió de opinión y la volvió a dejar en su sitio. Porque ahora llegaba. El segundo y prolongado solo de trompeta de Chet Baker.

Harry cerró los ojos. Esperar un poco. Primero la música. Después la oscuridad, la libertad.

El vinilo crujía suave dentro de su pequeño apartamento. Entonces Chet Barker entonó el solo que una vez hizo llorar a Rakel.

Era un solo humilde. Empezaba casi pidiendo perdón por ocupar un lugar. Luego llenaba todo el espacio disponible, todas las emociones.

Costello se encontró con el trompetista de jazz en un club de Londres en el 83 —para aquel entonces Baker ya era un desecho de la heroína— y le pidió que fuera al estudio a tocar en un tema. Según Øystein, fue lo último que grabó antes de aparecer muerto en una calle de Ámsterdam, tras caer por la ventana de un hotel, a los cincuenta y ocho años.

Pronto acabaría el solo.

Se preparó para dar ese breve paso, para la nada indolora.

Interfirió otra música.

Los Lobos. «Will the Wolf Survive». Un acorde de guitarra que sonaba como una banda de música de baile. Y eso era, una buena banda de música de baile.

Harry abrió los ojos, cogió el teléfono y observó la pantalla.

Maldijo, se bajó del balcón y aceptó la llamada.

—Háblame.

—Solo quería desearte feliz año nuevo —dijo Oleg, su hijastro—. ¿Cómo te va?

—En una escala del uno al diez...

—Nueve... —concluyó Oleg.

El nuevo año comenzará dentro de dos horas; se despliega ante mí como una hoja en blanco.

Soy el dueño del relato.

Aún no hay una historia. Estos son los segundos previos a tomar la decisión, antes de que mi dedo interior impacte sobre la tecla que presionará la cinta e imprimirá la primera e inevitable letra en el papel.

Aún es posible que nada de lo que he pensado ocurra.

Soy el narrador y no sé qué es lo que me impulsa. Bueno, podría dar forma a suposiciones basadas en mis lecturas sobre lo que otros artistas han dicho de la finalidad de su obra. Aquellos que no disfrazan sus motivos resultan más sinceros, pero, si son como yo, los desconocen, esa es la verdad. Lo más parecido que encuentro a una respuesta es citar a Luther, de la obra maestra de Walter Hill Los amos de la noche, de 1979. A la pregunta de por qué mata, responde: «No tengo ningún motivo, es que me gusta hacerlo».

Lo que sé es que esta vez crearé una obra de arte que nadie podrá ignorar. Esta vez será mía, solo mía.

La página sigue en blanco. Estoy a tiempo de cambiar de opinión, de permitir que el nuevo año sea como el anterior, seguro y contenido.

O puedo escribir el guion de esta película. Rodarla y dirigirla. Actuar en ella. Y, al final, montarla como quiera. Mi intención es titularla La Película, sin más. Porque será lo último que haga, lo que me definirá ante la posteridad.

Respiro hondo.

En mi interior ya estoy presionando la primera tecla. Es una «F».

2

Felicia admiraba su sonrisa de estrella de cine en la gran pantalla. Dientes blancos y uniformes enmarcados por unos labios de color rojo sangre. De ahí había nacido su

carrera. Y de los ojos, claro. De color verde esmeralda, con esa descripción la había adulado un director para convencerla de que participara en su película.

Sí, cuando la iluminación era tan buena como esta, hasta podía parecer cierto.

La luz se esfumó, era de otro cohete de Nochevieja lanzado antes de tiempo hacia el cielo estrellado y ya se había apagado. Así podría resumirse todo.

Dio la espalda a su reflejo en el escaparate oscuro del edificio de oficinas y pisoteó el suelo en un intento inútil de entrar en calor. Eran las ocho, el termómetro marcaba menos doce grados. En la última calle ocupada por prostitutas en el barrio de Kvadraturen de Oslo, bajo las ráfagas de viento que llegaban del fiordo que aún no se había helado, daba la sensación de que eran menos veinte grados.

Había pocas prostitutas a la vista esta noche. Y ningún chulo, por supuesto, esos estarían en una fiesta de Nochevieja con el champán puesto a enfriar. Felicia nunca tuvo un chulo. Ni un representante. Odiaba la idea de tener un jefe.

La heroína había sido su único superior. Y también la odiaba. En el escaparate había visto que sus pómulos marcados, los que una vez enmarcaron su belleza, ahora solo resaltaban su macabra delgadez.

Era una amarga paradoja que el único talento que le había sido otorgado —su magnetismo, su capacidad para atraer las miradas tanto de hombres como de mujeres— fuera acompañado de una repulsión instintiva a ser contemplada. A pesar de todos los años que llevaba ejerciendo la prostitución, insistía en no encender la luz y en dejarse puesta cuanta más ropa mejor. No era porque tuviera algo de lo que avergonzarse, ni que fuera tímida, por Dios, había sido de una belleza extraordinaria. Era esa mirada. La mirada que quería vía libre, dominarte, ser tu jefe. Porque eran los ojos de quien te había pagado. La entrada del cine y el precio de una mamada o de un polvo. Podría afirmar que fue así como empezó, claro, con pequeñas dosis que eliminaban algo de su malestar cuando el director gritaba «acción» y la cámara empezaba a rodar. Esas dosis fueron a más, también cuando no rodaba, y siguieron al dar por acabada una carrera cinematográfica que apenas había empezado, y aún de jovencita había pagado el pico siguiente interpretando un nuevo papel: el de niña cachonda.

Felicia comprobó la hora una vez más. Las ocho y diez. Joder, qué frío hacía. Y más que iba a hacer. Felicia tenía un propósito de año nuevo: dejar la heroína. Pasar el mono. Lo había logrado antes, pero lo temía. Los escalofríos, la piel de gallina, como un pavo desplumado. Pero esa parte no podría ser mucho peor, estaba helada hasta los huesos. Se había prometido un último chute antes de medianoche, iba a entrar colocada, volando muy alto, en el año nuevo, y ya nunca más.

Vio un coche negro deslizarse despacio por la calle de un solo sentido, como un huésped hambriento ante el bufet del desayuno del hotel. Aquí no había mucho que resultara tentador, salvo que el cliente tuviera gustos especiales, y, en ese caso, ella prefería librarse. Colocándose al final de la fila, como el último plato de la carta, el cliente, si es que llegaba tan lejos, probablemente habría rebajado sus expectativas lo bastante como para encontrarla atractiva. Además de que no aparecería en la grabación de las cámaras de seguridad, si es que tenía un nombre que proteger.

El coche se aproximó a Felicia. Vio que el conductor se inclinaba para contemplarla mientras ella enseñaba un muslo delgado entre el abrigo de piel falsa, sacaba los pechos, intentaba marcar los pómulos caídos y jugaba su carta triunfal, la sonrisa de estrella de cine. Pero el coche pasó de largo. Se dio la vuelta y observó que giraba a la derecha en el cruce. Probablemente era señal de que volvería.

Había acertado.

Al cabo de dos minutos vio el mismo coche negro acercándose. Esta vez iba un poco más deprisa, lo que significaba que ya había acabado la exploración y se había decidido.

El coche se acercó a la acera donde estaba Felicia y la ventanilla bajó. Ella se inclinó al interior. No olía a sucio. Comprobó de un vistazo que no hubiera nadie en el asiento de atrás.

El hombre había bajado el parasol y su rostro quedaba protegido de la luz de las farolas.

—Hola —dijo—. ¿Cuánto por acostarnos?

—Mil doscientas.

El precio del burdel que tenían los ucranianos muy cerca era dos mil, pero, claro, ponían habitación y cama.

—Entra.

—Solo efectivo.

—Vale —dijo el hombre y se inclinó para abrirle la puerta. A Felicia le habían dado suficientes palizas locos que se ponían cachondos con eso, y se fijó en sus modales. Los violentos muchas veces se daban a conocer desde el primer momento con detalles como ese, aunque no siempre. Claro que los peligrosos de verdad eran los que sabían disimular.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo. La maqueta de un avión pequeño bailaba colgada del retrovisor.

—Tengo un sitio a cinco minutos de aquí —dijo el hombre.

—Mil doscientas es en el coche —respondió Felicia—. Si tenemos que entrar en un sitio, son mil quinientas. Mil ochocientas si no me llevas de vuelta al mismo sitio.

—Hay dos mil en la guantera.

Ella la abrió y se metió los cuatro billetes con el retrato de la escritora Sigrid Undset en el bolsillo de la chaqueta.

Lo miró de soslayo. Algo en sus rasgos ocultos en las sombras le resultaba familiar. Tal vez hubiera sido un cliente habitual, no lo sabía, la heroína había carcomido su memoria, episodios completos de su vida habían desaparecido. ¿Lo habría visto en la televisión? Ella misma había respondido durante años a la pregunta «¿no nos hemos visto antes?» con un «no creo», sin explicar que seguramente recordaban una versión más joven de ella en su papel de El predicador.

La radio estaba sintonizada en NRK Solo Clásicos, tan bajito que casi no se oía entre el zumbido de la calefacción. El cambio de temperatura al bombear sangre le produjo un dolor en las yemas de los dedos, bajo las uñas astilladas. Tenía un deseo enfermizo de meterse el último chute de Año Nuevo en el brazo y acabar con este año de mierda, con un poco de suerte no le quedarían muchos más.

Al cabo de cinco minutos el coche se detuvo ante los barracones de obra, apiñados entre la zona de la estación de tren y el parque medieval, Middelalderparken. Todas las casetas estaban a oscuras; era probable que la obra estuviera parada durante las fiestas. El hombre no le había dado la impresión de ser el típico trabajador de la construcción que iba de una obra a otra, no había detectado que tuviera acento en las pocas palabras que había pronunciado en noruego; además, tenía coche y llevaba un elegante abrigo de lana gris.

Él avanzó por la nieve, pisoteada y compacta, hasta uno de los barracones, empujó la puerta que no tenía la llave echada y se la abrió a Felicia.

Ella se detuvo y valoró la situación como solía hacer. No era porque se tratara de un barracón de obra, había prestado sus servicios en ellos varias veces, a hombres solitarios de otros países que tenían otro punto de vista sobre comprar sexo. Nunca había sido un problema. Lo que no cuadraba era el hombre del abrigo, este no era lugar para él.

El tipo introdujo la mano por la puerta abierta y dio a un interruptor. De repente la habitación, que parecía una celda, se iluminó como un plató de rodaje.

Ella reconoció los llamados focos Fresnel, colocados en dos soportes, que iluminaban las paredes grises, la litera y la mesa junto a la cocina americana. En un tercer trípode había una cámara pequeña que también le resultó familiar.

—No te doy permiso para grabar.

—Solo quiero ver. Quiero verlo todo.

Felicia sintió náuseas repentinas.

—Sorry, tío, no hago esas cosas.

—Claro que sí. ¿Cuánto?

Lo observó. Su voz también le resultaba familiar. Bueno, por lo menos su subconsciente no asociaba nada violento ni a su voz ni a su cara. Después de pagar por el último chute no le quedaba dinero. Cero. Las náuseas le habían llegado a la garganta y le costaba hablar. Respondió afónica:

—Tres mil extra.

La cifra le salió sin pensar, tal vez porque era lo que cobraban por día los actores de El predicador.

El hombre cogió la cartera, sacó tres billetes y se los tendió.

Ella aceptó el dinero y entró.

Encima de la mesa vio algo que parecía un colador.

—¿Haces tartas?

Él dejó escapar una breve carcajada.

—Es una máscara de esgrima, quiero que te la pongas.

Ella no preguntó. Seguro que era alguna cosa de su juventud, una chica del club de esgrima que no pudo conquistar o algo así. Hacía calorcito allí dentro.

Se abrió el abrigo de piel, lo colgó sobre una silla y lo miró interrogante. Él asintió con un movimiento de cabeza y ella se quitó el jersey. Cuando acabó, él tenía lista la máscara de esgrima.

—Permite que te ayude —dijo, una frase que llevaba años sin oír. Bajó la cabeza y él le puso la máscara. Llevaba un cuello que servía para proteger la garganta, mientras que por detrás quedaba abierta, solo tenía una correa.

—Tengo que ajustarla un poco —explicó el hombre y se colocó tras ella.

A pesar de llevar una rejilla densa ante el rostro, veía con claridad.

Sobre la mesa vio una minitaladradora, del tamaño de un destornillador, con una broca que atravesaba un taco de madera. Sería una herramienta de los obreros.

También había algo que parecía un soporte para una armónica, un teléfono móvil y un rollo de cinta negra. La cinta no le gustó. Esperó a que se tensara la correa, pero oyó un clic y sintió el frío del metal en una muñeca, un tirón en la otra y de nuevo un clic. Esposas. Joder. Si quería jugar duro, debería habérselo preguntado.

Le dio la vuelta y tiró de ella hacia la mesa, perdió el equilibrio, pero él la atrapó y la dejó caer sobre una silla. La tenía sujeta, y oyó el sonido cortante de la cinta americana al arrancarla del rollo.

Estaba asustada. Esto no lo hacían los pervertidos corrientes. Su corazón latía con fuerza y quería irse a casa.

—¿Qué cojones haces? —gritó en el interior de la máscara. Él no respondió, se limitó a rodearla y ella comprendió por la presión contra el pecho, los brazos y la espalda que la estaba pegando a la silla.

Intentó dar patadas cuando la agarró por las pantorrillas. Si le hubiera quedado algo de musculatura, puede que él hubiese tenido que esforzarse, pero en pocos segundos le había sujetado los tobillos a las patas de la silla. Solo podía mover la cabeza, nada más.

Gritó. Pensó en los barracones oscuros que tenían alrededor. Berreó todo lo que pudo.

—Vale —dijo él—. Pero guárdate algo para el momento de la verdad.

Siguió cortando trozos de cinta americana. Pegó el teléfono al exterior de la rejilla de la máscara, tapando en parte su visión. Por debajo del teléfono, fijó el trípode para armónica a los laterales rígidos de la máscara. En ella sujetó el taco de madera con el taladro apuntando hacia el interior de la rejilla.

Encendió el teléfono y, por unos instantes, la luz de la pantalla la deslumbró. Entrecerró los ojos y vio su rostro en un primer plano extremo.

—¿Qué quieres? —gritó.

—Lo mismo que tú —respondió él despacio, en voz baja—. Disparar.

Sonrió un instante y ella recordó quién era. Claro. Pero habían pasado muchos años y estaba tan cambiado.

—Cuando ponga en marcha este taladro, todo irá solo —dijo—. Si no intervengo, atravesará el taco de madera. Es una broca en espiral de veinte centímetros de largo, traspasará la madera y continuará hasta el interior de tu cabeza. ¿Comprendes? Es importante que lo entiendas. ¿Sí?

Felicia parpadeó.

—Pero si eres tú —susurró—. Si eres...

—¡Calla la boca! —berreó él con una voz repentinamente iracunda—. Limítate a asentir si me entiendes.

Felicia abrió y cerró la boca. Luego asintió. Cedió. Como siempre habían logrado que hiciera esos hombres de los que se enamoraba con una infalible falta de criterio.

—Gracias. ¿Lista? Tú que sabes algo de cine, recuerdas a quién se le ocurrió el eslogan de La mosca, «Be afraid, be very afraid». ¿No? A Mel Brooks. Resulta curioso que fuera a un cómico, ¿verdad? Lo he recordado porque con esa máscara pareces una mosca. Esa es la instrucción de tu director. Ten miedo. Adelante...

Presionó un lateral del teléfono. La luz roja de grabar se encendió y el contador se puso en marcha. Luego tocó el taladro y un sonido agudo, de alta frecuencia, agredió sus tímpanos.

Vio en la pantalla cómo su rostro empalidecía, la boca abierta y los ojos desorbitados.

No era como mirarse en un espejo, sino como ver a otra persona, una actriz de una película de terror. ¿Era solo una pesadilla? Sobre el borde del teléfono veía al hombre con la mirada fija en el visor de la cámara. Cuando miró de nuevo al frente, algo se movía bajo el teléfono. El taladro. Como las antenas de un caracol que se le acercara al rostro a la altura de la boca.

En ese instante supo que no era un sueño. Iba a morir. Estaba completamente segura. Recordaba lo que la script le había susurrado la primera vez que se encontró en un gran set de rodaje: «Recuerda que el mayor deseo de todos, absolutamente todos los que están aquí, es ser el director».

—¿Por qué? —gritó Felicia con la voz cargada de llanto y pánico—. ¿Por qué lo haces?

El hombre no respondió, pero una leve sonrisa se dibujó en sus labios. Estaba satisfecho con lo que le mostraba el visor, con lo que ella le daba.

Sacudió la cabeza de izquierda a derecha, adelante y atrás, mientras gritaba sin pausa. Pero el taladro y el teléfono estaban demasiado bien sujetos a la máscara. Sintió la broca en el labio inferior.

Dejó de gritar y apretó los dientes. No era verdad que tuviera la esperanza de que su vida acabara solo porque este año no hubiera sido ninguna fiesta. Quería más años. Más años de mierda. Quería ver los fuegos artificiales, maldita sea. Pero ya sentía la punta giratoria empujando el esmalte, las vibraciones que se trasladaban a la cabeza, el olor a hueso quemado clavándose en la nariz, supo que había perdido lo único que le quedaba, la sonrisa de estrella de cine, y que el taladro pronto alcanzaría los nervios.

Miró la pantalla del teléfono, vio sus lágrimas caer, abrirse camino por los polvos de maquillaje que cubrían las arrugas.

Los del equipo de cineastas del búnker de Pinewood tenían un nombre para eso. El último plano del último día de un intérprete en un rodaje, antes de que él o ella recibieran el aplauso final, recogiera sus cosas y se fuera a casa.

Lo llamaban el tiro de gracia.

3

Oleg Fauke se colocó detrás del técnico de criminalística vestido de blanco y observó el cadáver del suelo.

—¿Y? —dijo Oleg.

—El nuevo año ha empezado pronto, por así decirlo —respondió Roar Midtstuen sin levantar la vista.

Oleg asintió con un movimiento de cabeza, eran las seis de la mañana. Oyó un estallido blando y miró por la ventana. Un cohete solitario, que había llegado demasiado tarde a la fiesta, acababa de explotar sobre la colina de Ekeberg. Las chispas brillantes se desplomaban sobre las casas sin luz de vecinos dormidos que, cuando por fin se hiciera de día, se levantarían a escuchar el concierto de Año Nuevo con la Orquesta Filarmónica de Viena en Musikverein y a ver los saltos de esquí desde Garmisch-Partenkirchen, donde solo tres noruegos se habían clasificado para la final. Eso era lo que tenía previsto Oleg cuando Helga y él acostaron a los niños, que por primera vez habían tenido permiso para quedarse levantados hasta medianoche.

—Así que eres como tu padrastro —dijo Midtstuen e hizo una foto al cadáver.

—¿Qué?

—Tienes que ir al escenario del crimen cuanto antes.

Oleg se encogió de hombros. La sección de Homicidios no funcionaba exactamente como se mostraba en las películas. Por ejemplo, los investigadores no aparecían en la escena del crimen en cuanto saltaban las alarmas. A veces no iban por allí, se conformaban con fotografías y esquemas. Harry no. Él quería ver, eso le había explicado a Oleg. Oler. Escuchar. Captar el estado de ánimo que en ocasiones se desprendía de las paredes.

Oleg accedió al puesto de investigador sabiendo que iban a compararlo con su padrastro. Al fin y al cabo, Harry era una leyenda. Y tal vez un fantasma. Oleg no se había presentado allí para ponerse a su nivel. Sencillamente, no encontraba razones para descartar un método que había demostrado ser eficaz.

Miró a su alrededor. Olió. Escuchó. Cerró los ojos para sentir. Pero sus pensamientos se iban instintivamente a eso otro, a ese lugar al que no quería ir. Maldijo para sus adentros y abrió los ojos. Intentó concentrarse.

Salvo la puerta, que presentaba indicios evidentes de haberse abierto con una palanca o algo similar, no había nada que apuntara a una lucha o a un intento de fuga. El hombre estaba tendido sobre una alfombra gruesa, entre un escritorio y una librería. La alfombra había absorbido la mayor parte de la sangre de las heridas de bala, una en la frente, la otra en el pecho. La chaqueta del traje estaba colgada sobre el respaldo de la silla, tras el escritorio. Como si el asesino se hubiera esforzado en dejarlo todo tan limpio y ordenado como pudo.

—¿Has encontrado armas?

—No.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Mantente pegado a la pared y no toques nada.

Oleg suspiró y señaló con un movimiento de cabeza las palmas de las manos cubiertas de látex vueltas hacia arriba, la postura que empleaban para evitar tocar algo por despiste, por ejemplo, rascarse la mejilla y, a continuación, dejar su ADN al tocar algún objeto en el escenario del crimen.

—Vale, vale —dijo el técnico—. Se lo digo a todos los nuevos.

El apartamento, que estaba en la planta más alta y tenía vistas a Bjørvika y Ekebergåsen, era más grande de lo habitual en los bloques de pisos del este de la ciudad. La decoración, los muebles, los cuadros de las paredes apuntaban al extranjero y eran un indicio de que el fallecido viajaba. Sobre el escritorio descansaba un buda sentado de sonrisa enigmática y ojos cerrados. Oleg pensó que no iba a ser de mucha ayuda y pasó a la cocina. Había un aroma a Tailandia. Citronela, raíz de galanga, leche de coco y cilantro. Helga y él habían ido allí de viaje de novios y se habían traído recuerdos y recetas. Él preparaba esos platos en ocasiones especiales y se le daba bastante bien. Al nacer Olav, ella comentó que las comidas muy especiadas no eran buenas para la lactancia y dejaron de lado la comida tailandesa. Una cosa más de la que habían prescindido.

Recorrió el resto del apartamento. Cuartos infantiles recogidos. En el dormitorio, junto al armario empotrado y tras una cama de matrimonio, un técnico de criminalística fotografiaba la ropa mientras la enfocaba con una linterna. Oleg comprendió que su gesto había sido de incomprensión cuando el técnico, sin más preámbulo, le explicó en sueco que la cámara tomaba las fotos con infrarrojos.

—Así vemos manchas de sangre y rastros de pólvora que no se distinguen a simple vista. ¿Eres de la unidad táctica?

—Sí. Oleg Fauke. —Le tendió la mano sin pensar, pero la retiró a toda prisa cuando el otro se limitó a mirarla.

—Sorry —dijo Oleg con la esperanza de que no se notara que se había ruborizado.

—No pasa nada. Es evidente que eres nuevo.

Oleg asintió.

—Soy Eddy Jonasson, el diablo sueco de criminalística.

Hablaron un poco antes de que Oleg avanzara hasta el cuarto de baño. Nada de salpicaduras de dentífrico en el espejo como las de su casa.

—¿Fauke?

El hombre que estaba en el vano de la puerta era de la edad de Oleg y vestía pantalones vaqueros anchos de cintura alta, una cazadora bomber a la moda y deportivas blancas con calcetines tobilleros a pesar de que hacía muchos grados bajo cero en el exterior. Oleg no sabía por qué todos los que hacían guardias en delitos graves parecían ir vestidos como la juventud de la zona pija de la ciudad, Vestkanten. A lo mejor era una broma interna y nadie se la había explicado aún.

—La mujer y los hijos están en casa del vecino. ¿Quieres hablar con ellos?

Oleg lo pensó mientras se miraba en el espejo de encima del lavabo. Tenía el cabello oscuro y los ojos castaños de su madre. Tal vez por eso viera a Rakel cada vez que se asomaba a un espejo. O tal vez fuera que la buscara. No pasaba un día sin que pensara en ella. Cada vez la echaba más en falta, cuando debería ser al contrario. Debía ser capaz de dejar a un lado su propia nostalgia para entrar en ese apartamento a hablar con alguien que acababa de perder a un ser querido. La compasión no iba a ayudarlo a encontrar a quien había asesinado al hombre que yacía en el despacho, y un sacerdote era el responsable de proveer consuelo.

Todo esto lo había aprendido de Harry. Pero sabía que cuanto más hermético y frío se volvía el rostro pálido de Harry, cuanto más se apagaba su mirada azul, más se agolpaban los sentimientos y la pena en su interior. Oleg había sobrevivido a la muerte de su madre y había seguido adelante. Quizá porque había creado una familia propia, quizá porque es así como nos han diseñado las leyes de la evolución. Mientras que Harry se había hundido. A pesar de haber encontrado y quitado la vida al asesino de Rakel Fauke, Harry había seguido una espiral descendiente. Lo había salvado en el último momento —resultaba irónico— otro asesinato. Trabajo. Una distracción. Hacer lo único para lo que afirmaba servir.

Oleg había creído que la muerte de Rakel uniría aún más a sus dos seres queridos. Se dio cuenta de que su madre también había sido el vínculo que unía a los dos hombres. El amor por Rakel, no por él, había llevado a Harry a responsabilizarse de su hijo.

¿O no?

Y luego estaba esa otra idea, nada razonable, que no se permitía descartar del todo: si Harry no hubiera entrado en sus vidas, Oleg aún tendría madre. Olav y Julia tendrían a su abuela.

—¿Quieres hablar con ellos? —repitió el de delitos graves.

—Voy —confirmó Oleg.

4

—El nombre de la víctima es Bierger Neslund, cincuenta y cinco años —dijo Oleg, mirando al grupo provisional de seis investigadores que la jefa de sección, Katrine Bratt, había logrado organizar. Era el día de Año Nuevo, y mucha gente de la sección de Homicidios no volvería de sus vacaciones de Navidad hasta la noche.

—Era propietario de una empresa de servicios de obra y mantenimiento con dieciocho empleados fijos. Casado con Lamai Neslund, tenía dos hijos de cuatro y seis años. Su mujer dice que ella y los niños estaban en el sótano cuando dispararon a su marido. Subió un momento al piso a buscar agua para el perro y encontró la puerta forzada y a su marido muerto en el suelo. No vio ni oyó a nadie entrar o salir por la escalera o el ascensor. No ha visto que falte nada en el apartamento y los técnicos no han encontrado marcas de pisadas. Puede que fuera porque acababan de fregar el suelo, pero la calle está tan sucia que él o los intrusos se han descalzado o han utilizado fundas de plástico, como hacemos nosotros.

—¿Estaban en el sótano? —quiso saber Skarre y se echó a un lado su flequillo liso. Era un hombre menudo en todos los aspectos, había concluido Oleg—. ¿Estamos ante un Fritzl o qué?

A veces Oleg pensaba que si otro que no fuera Skarre, alguien que necesitara menos aprobación, hiciera las mismas bromas, lograría provocar unas risas.

—Bueno —empezó Oleg y vio que Katrine Bratt había enarcado un poco las cejas al darse cuenta de a quién estaba imitando. No sabía muy bien por qué, pero desde el primer día había sospechado que entre ella y Harry había habido algo. Puede que fuera porque ella tenía el mismo cabello oscuro, la misma silueta esbelta y los mismos pómulos marcados que Rakel. O porque sus mejillas parecían encenderse un poco cada vez que se mencionaba a Harry, como si hubiera algo que Oleg no debiera saber.

—Dice que los niños quieren mucho al perro —prosiguió—. Suelen ponerlo a salvo de la luz y del ruido todas las Nocheviejas a medianoche.

—Los cohetes —dijo Wulf, la sombra menos bocazas y, por fortuna, más encantadora de Skarre—. Yo hago lo mismo con mi perro, lo tengo en el garaje cuando hay fuegos artificiales. ¿Sabíais que el perro puede sufrir trastorno de estrés postraumático? Ellos...

—Háblanos de la esposa —interrumpió Katrine Bratt.

—Ella y su hermana mayor llegaron a Noruega desde Tailandia cuando tenían dieciocho y veinte años —dijo Oleg, echando un vistazo a sus notas—. Trabajaban en un centro de masajes y mandaban dinero a su familia. Lamai conoció allí a Birger Neslund y se casaron. Trabajó un tiempo como maquilladora y en la cocina de un restaurante de comida tailandesa en Enerhaugen, pero se ha dedicado a ser ama de casa desde que fue madre. Sin antecedentes. Afirma no tener conocimiento de que su marido tenga enemigos, pero que tenía deudas. Parece ser que hay una demanda de indemnización por un proyecto de construcción para un inversor extranjero en el que casi todo salió mal. La hemos citado para tomarle declaración hoy, espero que nos cuente algo más.

—¿Qué opinión tienes de ella? —preguntó Skarre.

—Ninguna —replicó Oleg.

No era verdad, claro, pero debería serlo, eso le había enseñado Harry, que la fase inicial tenía que dedicarse a reunir información y nada más, que debías hacer caso omiso a lo que te dijera tu instinto. En el momento en que empezabas a permitir que te guiaran tus sensaciones, dejabas de mirar alrededor, interpretabas cualquier dato nuevo de manera que encajara con la conclusión que ni siquiera eras consciente de haber pensado. El sesgo de confirmación, la trampa que te daba la razón. Según Harry, solo podías recurrir a tu instinto cuando los hechos ya no te permitían ir más allá. Era más fácil decirlo que hacerlo y, cuando Oleg le preguntó si seguía esa norma, Harry se había limitado a sonreír.

—Venga, junior —dijo Skarre y sonrió a los presentes—. Algo pensarás.

—¿Por qué?

Skarre ladeó la cabeza.

—La incidencia de asesinatos es mayor en los matrimonios mixtos. Los hombres, sean blancos o negros, tienen más probabilidades de matar a sus parejas si son de otro color de piel. Haciendo énfasis en «hombres» —comentó Bratt y miró el reloj—. Pero dejemos a un lado la estadística y centrémonos en lo que nos ocupa. Han pasado

cuatro horas, restan cuarenta y cuatro. Pongamos sobre la mesa teorías basadas en los hechos, pero sin dejarnos atrapar por ninguna, ¿de acuerdo? ¿Empiezas tú, Siri?

Siri Heimen se enderezó.

—Lo más sencillo sería un robo, alguien que quería aprovechar que esa noche mucha gente ha salido de fiesta para asaltar una vivienda vacía. Eligieron un apartamento grande en la última planta, supondrían que allí era más probable que hubiera algo de valor. Escucharon junto a la puerta y, al no oír voces, apostaron a que no había nadie. Pero no era el caso y él o ellos entraron en pánico, dispararon y se marcharon sin llevarse nada. Como ya he dicho, sencillo, pero...

—Gracias, lo más simple suele ser lo mejor —dijo Bratt—. ¿Malik?

—Estoy de acuerdo con Siri —dijo Malik Khan—. Pero vale, probemos con esto. —Levantó las manos como si quisiera evitar que se mancharan las mangas de su camisa blanquísima y recién planchada—. Khan había estudiado dos años de Empresariales en la universidad privada BI, suficiente para haber trabajado en la sección de Delitos Económicos y haber concluido que eran del todo incompetentes. Al menos ese fue el motivo que adujo para solicitar el traslado a Homicidios. Además, según le confesó a Oleg, ligaba más como investigador de homicidios.

—Bueno —dijo Malik—. Uno de los inversores se da cuenta de que, si quiere recuperar el dinero que Neslund le debe, no puede esperar a un concurso de acreedores en el que lo que quede se reparta entre un montón de perjudicados. Así que envía un matón. El matón amenaza a Neslund para que firme un reconocimiento de deuda dándole prioridad en la ejecución de la hipoteca de la vivienda. Para que Neslund no pueda alegar que el acuerdo carece de validez porque fue obligado a firmar, el matón lo liquida.

—Exacto —dijo Skarre—. Y luego abre la puerta con una palanca para que parezca que los autores son ladrones. Así, cuando presenten el reconocimiento de deuda nadie sospechará salvo Malik y moi.

Katrine Bratt vio cómo chocaban los cinco.

—¿Wulf?

—El vecino está liado con la esposa. —Wulf paseó la mirada por la mesa como si quisiera comprobar cómo reaccionaban—. Han planificado que entrará a matar a Neslund mientras ella y los niños estén en el sótano para que tenga coartada y hacer que parezca un robo. Deciden hacerlo justo antes de medianoche, para que otros vecinos que puedan oír el disparo crean que solo son fuegos artificiales y no salgan a hacer comprobaciones.

—Bien —dijo Bratt—. Esto encaja con el primer mandamiento de Hole.

—Que ha sido la pareja —dijo Wulf.

—Con todos mis respetos… —empezó Skarre—. No, con cero respeto, dejemos de citar a ese borracho como si él supiera algo que no nosotros no tuviéramos claro ya. Yo…

Skarre se calló de golpe y miró a Oleg, quien en ese momento se dio cuenta de que tenía los puños cerrados y, probablemente, el rostro congestionado.

—Lamento que te afecte, junior —prosiguió Skarre—. Pero no todos pensamos que tu padrastro… aportara. Iba por libre. Si es que estaba en condiciones, claro. Y no es manera de resolver los casos.

El teléfono de Katrine Bratt empezó a vibrar sobre la mesa.

—Salvo por el detalle de que los resolvía —dijo Oleg, notando que le temblaba la voz.

Hilde Witt, su psicóloga, le había explicado que el control de la voz es lo primero que se pierde cuando los sentimientos son intensos, que se debe a la presión en el estómago que tiene un efecto ascendente. Para ocultarlo se tiende, sobre todo en los hombres, a elevar la voz de manera instintiva. Seguro que era verdad. Al menos Oleg levantó la voz. Y ya sabía que se iba a arrepentir de lo que estaba a punto de decir.

—Tengo entendido que tú no resolvías gran cosa, Skarre. Ni siquiera los crucigramas de las historietas del Pato Donald, eso me contó. Espero que no te afecte.

Oleg vio cómo la vena del delgado cuello de Skarre se dilataba y su rostro adquiría un color a juego con el suyo cuando el hombrecillo se levantó de la silla y siseó en voz baja:

—Te vas a…

Oleg observó su boca pequeña abrirse y cerrarse mientras su reducido cerebro intentaba proveerlo de palabras suficientes para articular una frase completa.

—Te vas a… —repitió Skarre.

—¡Silencio! —gritó Bratt y levantó una mano por encima de su cabeza. Con la otra sostenía el móvil pegado a la oreja.

Los otros cinco ocupantes de la sala se volvieron hacia ella.

—Gracias —dijo y colgó. Lanzó un hondo suspiro.

—Han encontrado el cadáver de una mujer en una caseta de obra junto a Middelalderparken. Parece que tenemos un segundo asesinato.

Oleg miró instintivamente el reloj. No porque tuviera que reflejarla en un informe, sino para ver cuántas horas habían transcurrido del nuevo año.

5

La subdirectora de la compañía de seguros Egenold, Sofie Gullstrand, abrió la puerta de la sala de juntas.

La entrevista ya había comenzado. Recurrían a los servicios de una consultora para las contrataciones de más nivel, pero de los puestos intermedios se ocupaban ellos.

—Seguid, seguid —dijo y se sentó en una silla, pegada a la pared, detrás de Clements, el jefe del departamento de Análisis, y del de Recursos Humanos. Así podía observar directamente al hombre que estaban entrevistando. Era difícil adivinar su edad. Tenía un rostro de rasgos muy marcados, con un aire exhausto, y afeado por una cicatriz que iba de una comisura de los labios hasta la oreja. El cabello rubio tenía canas, pero era denso y lo llevaba tan corto que se levantaba como un cepillo. Los iris de sus ojos azules parecían del color de un pantalón vaquero muy lavado y la piel de la nariz tenía puntos rojos como los de un sintecho alcoholizado. Algo le hizo sospechar que se había afeitado para la ocasión y que el traje, en apariencia hecho a medida, no había sido confeccionado para él, aunque le quedara bien; le hacía pensar en la liquidación de los bienes de un fallecido.

—La mayoría de la gente del departamento ha trabajado en la policía, como tú —dijo el responsable de Recursos Humanos—. Y es que nuestro método de trabajo se parece bastante al de una investigación policial al uso. La sección de Análisis tiene como función desvelar las circunstancias reales, no solo ahorrar indemnizaciones a la empresa. Esto quiere decir que, en teoría, las conclusiones pueden ir a favor del asegurado y que paguemos más de lo que habríamos hecho si no hubiéramos llevado a cabo esa investigación que corre de nuestra cuenta.

Clements se giró un poco, saludó con un movimiento de cabeza y le dedicó una sonrisa alegre e irónica. Como si lo que acababa de afirmar el director de personal fuera un chiste que compartían. Pero Sofie Gullstrand compartía bien poco con Clements y no sonrió, solo devolvió el saludo.

—Imagino que pasa lo mismo en la policía —dijo el jefe de Recursos Humanos—. Tan importante es saber quién es inocente como quién es culpable.

Cuando el silencio fue tan prolongado que resultó evidente que se trataba de una pregunta, no una afirmación, el candidato carraspeó con calma.

—Bueno.

Otra pausa. La mirada del hombre esquivó a los dos que tenía delante y se fijó en ella. La voz era áspera, las palabras surgieron lentas pero nítidas.

—Dedicamos más tiempo a buscar culpables.

Sofie no pudo reprimir una sonrisa.

El jefe de departamento agarró el folio que tenía delante.

—El currículum que nos has proporcionado es bastante breve, Hole. Has estudiado Derecho, fuiste a la Academia Superior de Policía y después has sido investigador en la sección de Homicidios aquí en Oslo. Pero tu nombre es conocido por diversos casos de asesinato. Supongo que esto no es todo lo que tienes que contar después de una carrera profesional de casi treinta años.

—Es cierto que no está todo —dijo y se giró hacia la ventana como si ya estuviera deseando marcharse de allí—. Pero es todo lo que pienso decir.

Sofie lo observó. Por supuesto que había leído sobre el asesinato de su mujer en su casa, todos lo habían hecho. ¿Era ese el dolor que ahora veía en sus ojos o se trataba de ese cansancio melancólico que algunos hombres arrastraban y otros incluso cultivaban?

—Los asuntos sobre los que habéis leído son, sobre todo, aquellos que resolvimos. Con otros no pudimos. Si llamáis a las personas que he puesto como referencia tendrán algo más que contaros.

—Entiendo que nos habrás dado personas de referencia que sean favorables —dijo el jefe de personal—. ¿Qué es lo que no nos van a contar?

—Ah, no creo que se pasen con los elogios. —La comisura del labio del lado sin cicatriz se levantó un poco—. Pero es posible que no os cuenten que soy alcohólico.

Volvieron a quedarse en silencio, pero esta vez se vio interrumpido por un sonido al que Sofie no estaba acostumbrada, un puf lejano. Sofie miró hacia el exterior. En algún lugar sobre el fiordo de Oslo, en la luz del día que ya se perdía, vio el brillo de un cohete que había explotado, seguramente uno que había sobrado de la Nochevieja de hacía dos días. Odiaba la Nochevieja. Erik ya estaba borracho cuando llegaron los invitados, como siempre. El director de Recursos Humanos carraspeó.

—Ya no bebes, ¿supongo?

—Así es.

El jefe de personal y Clements asintieron, como si fueran buenas noticias. Se habían atascado.

—¿Familia? —preguntó Sofie—. Perdón, soy Sofie Gullstrand, subdirectora.

—Viudo soltero —dijo Harry Hole.

—¿Hijos?

—Un hijastro adulto...

Hole se contuvo. Sofie adivinó que se trataba de hijos que no sabía si podía considerar familia. Sí, no era difícil imaginar que este hombre había tenido una vida amorosa agitada. Uno de los no comprometidos, como decían sus amigas con desaprobación.

—Resides en Oslo y naciste aquí, por lo que he podido ver. —Señaló el currículum con un movimiento de cabeza.

—Nacido en Oppsal, vivo en la calle Thorvald Meyer.

Del este de Oslo, barrio obrero, un término que sus amigas escupían con un desprecio aún mayor que «no comprometido».

—¿Por qué quieres trabajar como analista y pillar a gente que nos quiere estafar?

Se dio cuenta de que su manera de expresarse llevaba a los dos que tenía delante a tensar la espalda, mientras que la mirada de Harry Hole pareció suavizarse. Había contado con ello, con que apreciaría que fuera directa.

—Porque pagáis.

—La policía también paga.

—Allí, los que deciden no me quieren y yo no los quiero a ellos. Y vosotros pagáis mejor.

—¿Estás seguro?

—Si queréis contar conmigo, lo haréis.

Ella se echó a reír. Los otros dos se dieron la vuelta con gesto sorprendido. No era normal que Sofie Gullstrand se riera.

—¿Cuándo podrías empezar?

Hole se encogió de hombros y miró el reloj.

6

John Dale estaba tras la puerta de la terraza de su apartamento de lujo, de doscientos metros cuadrados, en el séptimo piso del edificio recién construido en la ladera de Ullernåsen. Ante él se desplegaba el oeste de Oslo, cubierto de nieve y bañado por la luz de luna. Más allá, una suave sábana de neblina helada cubría la ciudad y el fiordo.

Bebió un sorbo de Montgomery y miró el reloj. La cita de esta noche llegaría dentro de media hora, pero había hecho trampa y empezado a beber antes. El Montgomery era un martini seco que ayudaba a bajar sus pulsaciones en encuentros sociales. Además de una excusa para explayarse sobre que Montgomery había sido un general

inglés que atacaba al enemigo, en el desierto del norte de África, solamente si estaba en superioridad numérica de cinco a uno. Así no solo ilustraba la proporción de ginebra y vermut, sino también la estrategia favorita de John Dale en los negocios.

Dale se había abierto camino a la cima —y al fondo si las circunstancias lo exigían— como boxeador que hacía apuestas ilegales del resultado de sus combates. Durante un breve y descerebrado periodo de tiempo invirtió en producciones cinematográficas, pero sobrevivió a duras penas y volvió a la estrategia ganadora: nunca apostar con las probabilidades en contra.

Ahora andaba metido en criptomonedas, compraventa de pisos y préstamos a corto plazo en el mercado no regulado, en especial a autónomos. Esto último siempre con las probabilidades a favor. Si una empresa sin escrúpulos se declaraba insolvente, los bancos no podían hacer gran cosa, pero, si le habías hecho una promesa a John Dale, difícilmente la incumplirías.

Otro sorbo. Sabía bien. Ah, iba a ser un año cojonudo, sobre todo ahora que volvía a estar soltero. Su mujer, pronto exmujer, había aceptado un solo pago y firmado el acuerdo de confidencialidad. Seguramente estaría en Mallorca, trasegando vino bajo una sombrilla.

Llamaron al timbre.

Volvió a mirar la hora. Llegaba pronto. Se llevó el índice y el pulgar a la garganta. No tenía las pulsaciones en reposo total. Había considerado la opción de tomar Viagra, pero concluyó que eso sería asumir la derrota por adelantado.

Dejó la copa de martini en la isla de la cocina y fue al recibidor.

La cámara del portal mostraba a una persona con cazadora de DHL y gorra que llevaba una caja de cartón en la que leyó:

—Paquete para John Dale.

John presionó el timbre para abrir y esperó. Observó el tesoro que colgaba enmarcado tras un cristal junto a la puerta. Un productor de cine norteamericano se lo había regalado durante la negociación de la compra de los derechos para hacer una adaptación de El predicador. Según el productor, se trataba de uno de los dos cuchillos de atrezo que se emplearon para rodar la escena del asesinato en la ducha de Psicosis, el otro estaba expuesto en el Movie Madness Museum de Portland, Oregón. Pero Dale había visto que por detrás ponía Psicosis 2, así que no estaba del todo seguro.

Oyó las puertas del ascensor y estaba a punto de abrir cuando sintió algo. Una leve duda. Era una sensación que reconocía, pero no era capaz de ubicar, como un déjà vu. Bajó la manija y empujó la puerta para abrirla.

La persona que tenía delante llevaba una cazadora de DHL. Dale cayó en la cuenta de que iba muy poco abrigado para los grados bajo cero que hacía en la calle. Lo que no resultaba sorprendente es que fuera más bajo que él; al fin y al cabo, John Dale había sido un peso pesado. Pero, a pesar de eso, un combate de boxeo fue lo que le vino a la cabeza.

—Es para ti.

El individuo abrió la caja y la levantó.

—¿Qué es esto? —preguntó John—. ¿Quién lo manda?

—Eso es un tomador de muestras de carne. —Señaló lo que parecía una bomba de bicicleta de acero con forma de «T»—. Eso es una báscula de cocina. Esto una minicámara Aaton. —Hablaba con voz baja, pero vocalizando con claridad—. Eso que ves ahí es una jeringuilla. Y el frasco marrón contiene lidocaína. Anestesia local, vamos.

Dale vio que en la etiqueta ponía otra cosa. Heparina. Había oído hablar de ello, pero no recordada dónde.

—Te habrás equivocado de John Dale. Somos varios con el mismo nombre.

—Oh, no, esto es para ti.

Había algo en la postura de aquel individuo, cómo se acercaba en exceso, ligeramente inclinado hacia él, pero con la cabeza gacha de manera que John no le veía la cara bajo la visera de la gorra. John valoró la situación y concluyó que una retirada táctica era la mejor opción. Darse tiempo para averiguar de qué se trataba. Agarró la puerta para poder cerrarla de golpe. Antes necesitaba que le respondiera a una pregunta.

—Aún no me has respondido a quién es el remitente.

El otro levantó la cabeza y su rostro quedó a la vista. John tuvo un escalofrío al reconocerlo.

—¿Entramos, Dale? Y te lo contaré todo.

El individuo apartó la caja a un lado y John bajó la vista. Concluyó que había cometido el mismo error que en su primer combate, aquella ocasión en la que se jugaba un contrato profesional. Había permitido que el otro actuara primero.

El revólver que el otro sostenía en la mano hasta ahora oculta por la caja parecía muy auténtico.

—Ni un ruido, Dale. Te dispararé en la tripa primero. Ácido gástrico en la herida, a lo mejor lo has oído mencionar. Seguro que los vecinos te oirán gritar, pero prometo

dejar que haga efecto un rato antes de pegarte el tiro de gracia. Veo que estás considerando la posibilidad de golpearme. Una pena para ti que la puerta impida un derechazo. Ese era tu mejor golpe, ¿no? Levanta las manos por encima de la cabeza y retrocede despacio hasta que toques la pared.

John observó. Pestañeó. Se mordió la lengua sin darse cuenta. El dolor le confirmó que no se trataba de una pesadilla.

Entró de espaldas en el recibidor. La puerta se cerró con suavidad tras la persona que ahora se encontraba a un metro de él. John tuvo que carraspear para recuperar la voz.

—La caja fuerte está en el dormitorio. No hay mucho, pero puedes llevártelo todo. La contraseña es 419419.

—Gracias, pero antes tenemos que rodar según el guion.

—¿Qué? ¿Qué dice el guion?

—La primera escena consiste en que te tomas una muestra de carne.

Dejó la caja en la mesa de la entrada, sacó la cámara y el instrumento con forma de «T». John pudo ver que tenía una abertura circular en el extremo, como una boca que esperara a ser alimentada.

—La buena noticia es que primero podrás ponerte anestesia local. ¿Vamos a ver si hay más luz en el salón?

John sintió que su corazón se desbocaba. El otro hablaba en voz baja, serena. «Pulso en reposo», pensó John. El diablo tiene el pulso en reposo.

7

—Gracias, Helga, estaba muy bueno —dijo Harry, dejó los cubiertos sobre el plato rebañado y levantó el vaso de agua a modo de brindis.

Ella levantó el suyo.

—¿No te ha contado Oleg que hoy cocinaba él?

—Sí, claro, pero apuesto a que ha hecho exactamente lo que tú le decías.

—Como siempre —sonrió Helga y miró a Oleg, que tenía las palmas de las manos levantadas para reconocer su derrota.

Los tres rieron, pero luego, como si se hubieran puesto de acuerdo, Helga y Oleg se contuvieron.

Por la expresión de sus rostros Harry concluyó que habrían oído algún ruido procedente del cuarto infantil del piso de abajo.

Oleg hizo ademán de levantarse, pero Helga le puso una mano en el hombro.

—Vosotros dos tenéis que hablar.

Bajó por la escalera. En el silencio que siguió, Harry no soltó el vaso.

—Ya lo he dicho antes, pero acertaste al elegirla.

—¿Yo? ¿No te he contado que fue ella quien me escogió a mí?

—¿Ah, sí?

Oleg lucía una media sonrisa.

—Llevaba tres semanas en la comisaría rural cuando se presentó, dijo que me había visto en el único pub del lugar y quería comprobar si resultaba igual de atractivo a la luz del día. Luego me invitó a cazar perdices. Así que la cuestión sería si te parece que ella eligió bien.

Harry hizo girar el vaso de agua. Asintió.

—Eligió bien.

Bajaron la vista hacia la mesa. Harry supuso que estaban pensando lo mismo. «Al contrario que Rakel, mamá».

—Entonces, te contrataron en el momento —dijo Oleg.

—La subdirectora me contrató en el momento —dijo Harry—. No tengo muy claro qué opinaba el resto de los presentes.

—Enhorabuena, en todo caso. —Oleg levantó su vaso de agua.

«Agua para acompañar un plato de pasta», pensó Harry. No les había preguntado si habían prescindido de beber vino por consideración hacia él. Oleg sabía que a Harry no le había afectado que Rakel bebiera vino cuando estaba con él. Pero también sabían de la recaída de Harry ese otoño, tres largas y húmedas semanas hasta que se contuvo y volvió a ponerle el tapón a la botella.

Tal vez Oleg hubiera recordado su propio pasado con las drogas. Cierto que había transcurrido mucho tiempo. Harry había regresado de su exilio autoimpuesto en Hong Kong para intentar salvar a un Oleg adolescente que había empezado a inyectarse. Lo habían logrado juntos. Pero Harry sabía mejor que la mayoría que la heroína es como un primer amor, algo que nunca se olvida del todo. Pasa lo mismo que con el suicidio, la infidelidad y el alcohol. Es una alternativa, una posibilidad que siempre está presente. ¿Era eso lo que había percibido en Oleg últimamente? Un desasosiego que no había detectado desde entonces. ¿Sería afán de otra existencia, algo distinto a la vida diaria como padre de familia con un trabajo a jornada

completa? Tal vez Oleg hubiera descubierto que ser detective en la sección de Homicidios no era tan emocionante como había parecido desde una comisaría rural en la remota región de Finnmark.

Oleg y él no hablaban de estas cosas a diario. Pero sí cuando, a veces, se sentaban a ponerse al día. En esas ocasiones los datos que intercambiaban sobre sus vidas se asemejaban a los informes policiales que redactaban: detallados, concretos, una descripción sin piedad de los elementos técnicos para la Policía Científica sin apelar a circunstancias atenuantes. Lo habían aprendido en los procesos que habían atravesado tanto con la adicción a la heroína de Oleg como cuando perdieron a Rakel. Ser sinceros era el único método que podía limpiar la mierda. Pero la sinceridad sin límites era tan corrosiva para el alma y el estado de ánimo que no se podía aplicar con excesiva frecuencia. Por eso aún tenía pendiente contarle a Oleg lo que le había sucedido con Gert. Harry había intentado preparar una manera de decírselo para que Oleg lo comprendiera. O tal vez lo estaba aplazando porque tenía mucho miedo a las consecuencias.

—Veo que estás distraído —empezó y vio que Oleg se apresuraba demasiado a enderezarse sobre su silla—. No me extraña, dos asesinatos en el primer día del año.

Vio que Oleg respiraba aliviado, como si Harry se hubiera aproximado peligrosamente a otra cuestión.

—¿Qué sabéis?

Oleg miró de reojo a la escalera. Tenían un acuerdo tácito de no hablar de trabajo si Helga o los niños estaban presentes.

—La hora del asesinato es más o menos las nueve del día de Nochevieja. La víctima ejercía la prostitución en la calle. Un pasado conflictivo con mucha drog